

# HISTORIA DE LAS GOLONDRINAS.



SEGUNDA SERIE.—1863.

AÑO XXI. 13.



## LEYENDA.

Me ha referido esta historia un venerable anciano ermitaño, que por la gran inocencia de su alma había conseguido entender el lenguaje de las criaturas mas inocentes de Dios, esto es, de las aves, de las mariposas y hasta de las plantas; pues todas tienen su lenguaje, del mismo modo que nosotros.

¿No has visto, lector, como hacía fines de setiembre se reúnen las golondrinas que están en víspera de marchar? Sabes que se juntan todas en un paraje elevado, por ejemplo, en el campanario del pueblo, donde acuden en tan gran número y tan apiñadas unas y otras, que parece que la antigua torre ha cubierto su cabeza con centenares de varas de blonda negra, como para llorar la hermosa estación que vá á concluir.

Cuando al pie de la torre nos ponemos á escuchar, oímos por intervalos cierto ruido, semejante al que produciría una granizada que cayera contra los cristales... á poco termina este gran ruido, y no se oye entonces sino la voz de una sola golondrina hablando, mientras las demás guardan completo silencio... á los pocos instantes vuelve á empezar el ruido y cesa en seguida; y la golondrina sola habla de nuevo... Y de esta manera sucede repetidas veces.

Por último, todas salen volando, y durante algun tiempo quedan dando vueltas por el pais; pero muy en breve no se ve ya una, porque todas se han marchado para no volver hasta el próximo abril.

Si á los que están reputados como sabios les preguntamos entonces el motivo de aquella reunion y el paraje adonde las golondrinas van, nos responderán que nada saben.

Mas yo lo sé, y quiero decírtelo.

Las golondrinas se reúnen de aquel modo para oír una historia que les refiere la mas anciana de ellas que es á quien por intervalos oímos hablar sola.

Mas como los pájaros no pueden hablar sino cantando, dedúcese de aquí que la historia referida por la anciana golondrina es una especie de cancion, que tiene sus estribillos entonados á coro por las demás golondrinas, mientras la narradora toma algun descanso.

Ya estás instruido acerca del primer punto; pero falta decirte adonde van las golondrinas cuando dejan la tierra: ten entendido que van al cielo, y por si lo dudas, oye la historia que la anciana golondrina refiere á sus demás compañeras reunidas.

Voy á repetirte esta historia, tal como me la contó aquel venerable santo ermitaño que entendia el lenguaje de las aves, de las mariposas y aun de las plantas, y que varias veces la había oído.

## I.

La anciana golondrina habla, ó mejor dicho, canta del modo siguiente:

«Hijas mías, ya me conoceis; soy la mas anciana de vosotros. Cuando hace medio año salimos del cielo, yo fui á quien Dios encargó que os condujera á la tierra, para que estuviésemos en ella hasta que con alguno de sus ángeles me

avisara nuestro regreso. Esta mañana al salir el primer rayo del sol ha venido el ángel, diciendo:

«Es disposicion de Dios que las golondrinas vuelvan al cielo.»

«Envié al punto á mis hijas que estaban mas inmediatas para avisaros que os reuniérais en este paraje, tanto para tratar acerca de la hora de la marcha, como para oír, segun es costumbre, antes de la salida, la historia que todas las golondrinas deben saber.

«Vosotras las que habeis nacido este año, procurad fijar la atencion en esta historia que por la primera vez vais á oír y que os enseñará como Dios crió á las golondrinas y por qué todos los años van estas de la tierra al cielo y del cielo á la tierra.

«Y las que ya la saben, oíganla otra vez en veneracion hacia nuestros primeros padres.»

Así que la anciana golondrina hubo acabado de proferir estas palabras, descansó un instante y mientras dijeron á coro todas las demás.

«Oigamos, hermanas, oigamos esta historia que nos enseñará como Dios hizo á las golondrinas y por qué todos los años van estas de la tierra al cielo y del cielo á la tierra; oigamos, hermanas, oigamos.»

## II.

Y la anciana golondrina continuó diciendo:

«Hace mucho tiempo, muchísimo tiempo, hijas mías, que estos sucesos acaecieron; hace millares de años.

«Al hacer Dios la tierra, había hecho tambien al primer hombre y á la primera mujer.

«Habiales dado por dominio un jardin muy estenso y deliciosísimo, en el cual reinaba siempre la estación suave y hermosa; y en este jardin vivían felices sin penas, sin cuidados por el día siguiente y sin tener que trabajar. Pero cierto día faltaron á la obediencia debida á Dios, y el Señor los echó del jardin.

«Viéronse entonces precisados á irse por lo demás de la tierra donde la estación era penosa y desabrida. Para alimentarse se hallaban obligados á trabajar la tierra, la cual solamente producía miserables yerbas y secas raíces.

«Tenían enfermedades y estaban atormentados con cuidar del día siguiente:

«Duró así esto muchos años, porque Dios sumamente irritado con la desobediencia de ellos, no pensaba en perdonarlos.

«Sin embargo, así que vió que de ellos habían nacido hijos que igualmente tenían hijos, y que todos estos hombres y mujeres padecían á causa de la falta de sus primeros padres, dijo:

«Me compadezco de ellos: quiero perdonarlos.

«No volveré á llevar á los hombres al jardin de donde los he echado, porque temería que el estremado bienestar los hiciese olvidadizos y desobedientes; pero en otros paises de la tierra les daré ciertas pruebas de bondad y de bendicion.

«Les devolveré al punto la estación suave y hermosa que ahora no tienen. La tierra que actualmente no produce sino miserables yerbas y secas raíces, se cubrirá con plantas floridas y con árboles que darán escelentes frutos.

«El cuidado del día siguiente no atormentará ya á los



hombres, porque no necesitarán trabajar sino para desechar el aburrimiento. Quedarán libres de enfermedades, y para ser enteramente felices, les bastará con que quieran amarme y manifestame gratitud; porque haré que este amor y este reconocimiento sean deliciosísima felicidad para el corazón que se impregnare de ellos.»

»Habiendo Dios tomado esta resolución, creó dos pájaros de plumas tan blancas como las hojas de los lirios, para encargáreles que llevaran á los hombres su perdón y sus bendiciones.

»Como estos pájaros blancos movían por primera vez sus alas alrededor del trono divino, Dios les tendió sus dos manos, y cada uno de estos pájaros descansó en una de las manos de Dios, quien con sus santos labios besó á ambos diciéndoles:

—«Os llamareis golondrinas; vosotras y vuestros hijos seréis las aves de bendición. A la tierra, donde ahora reina la estación penosa y desabrida, ireis á llevar á los hombres la estación suave y bella que hará nacer las flores y madurar los frutos. Hareis vuestros nidos en las techumbres de sus casas y estos nidos serán señales de bendición. Id, marchaos, golondrinas.»

»Y Dios besó otra vez á ambos pajaritos blancos, los cuales abrieron sus alas y guiados por un rayo del sol, vinieron á la tierra.

»Así es, hijas mías, como Dios hizo á la golondrina.

»Oid ahora la continuación de esta historia, que os informará acerca de lo ocurrido á nuestros primeros padres cuando hubieron dejado el país de los ángeles para venir á de los hombres.»

### III.

»Salieron, pues, los dos pajaritos blancos y al punto que llegaron á la tierra, apareció en ella la estación suave y hermosa: templóse el aire, los campos se llenaron de verdor y florecieron, y los árboles presentaron deliciosos frutos.

»Los pajaritos blancos hicieron sus nidos en las techumbres de las casas de los hombres, y al instante se hallaron estos libres de enfermedades, sin estar ya atormentados con el cuidado por el día siguiente ni necesitar trabajar sino para desechar el aburrimiento.

»Y los hombres, llenos de alegría, se dijeron unos á otros.

—«Amemos á Dios que nos ha enviado las aves de bendición, y seámosle reconocidos.»

»Y hallándose sus corazones llenos de amor y de gratitud para con Dios, gozaban por esto completísima felicidad.

»Duró así muchos años. Los hombres eran dichosos y también las golondrinas; porque aquellos procuraban no ocasionar el menor daño á las aves que les habían traído el perdón y la bendición de Dios.

»Las golondrinas habían hecho sus nidos en las techumbres de las casas de los hombres y criado pacíficamente á sus hijos, porque los hombres tenían sumo cuidado en no destruir los nidos de las golondrinas.

»Mas llegó el tiempo en que los hombres se olvidaron de amar á Dios y de serle reconocidos. Entonces la idea del mal tuvo entrada en sus corazones, que no se hallaban impregnados de la felicidad que el amor y la gratitud producen.

»Cierta día, pues, se entretuvieron por juego unos hombres en destruir el nido que las golondrinas acababan de hacer, y al verlo destrozado, se rieron mucho.

»Horrorizadas entonces las golondrinas, se dijeron unas á otras.

—«Huyamos, hermanas, abandonemos la tierra á la cual hemos traído el perdón y la bendición, y donde los hombres se están riendo con el mal que nos han hecho. Salgamos, hermanas, y volvámonos al cielo.»

»Y sin aguardar más, se echaron á volar todas juntas hacia el cielo.

»Pero en proporción que las golondrinas se iban alejando de la tierra, se retiraba también con ellas la estación suave y apacible, y venía la penosa y desabrida.

»Entonces los hombres que habían destruido los nidos de las golondrinas, levantaron las manos, gritando con lastimera voz.

—«Aves blancas de perdón y de bendición, volved, volved y no nos abandonéis. No hagáis que recaiga en todos los hombres el castigo de la culpa que nosotros solos hemos cometido, y que no volveremos más á cometer.»

»Desde lo alto de los aires oyeron las golondrinas tales palabras y también las de otros hombres que decían:

—«¿Hemos de llevar todos nosotros el castigo de la culpa cometida solamente por algunos?»

»Y las golondrinas volvieron á bajar, trayendo consigo á la tierra la estación suave y apacible, en vez de la penosa y desabrida que desapareció al momento.

»Así fué, hijas mías, como las golondrinas volvieron á la tierra, después de haber querido dejarla para libertarse de la maldad de los hombres. Pero, oid la continuación de esta historia, que os informará acerca de como los hombres guardaron su promesa.»

### IV.

»Las golondrinas continuaron, pues, habitando la tierra con la mayor confianza y haciendo sus nidos en las techumbres de las casas de los hombres.

»Mas una noche mientras las golondrinas estaban en sus nidos durmiendo, ciertos hombres las cogieron á todas y las encerraron en una elevada torre.

»Pero como las golondrinas encerradas prorumpían en lamentos, que se oían desde fuera, llegaron unos cuantos hombres al pie de la torre y gritaron á los que habían encerrado á las golondrinas.

—«Poned en libertad á las aves blancas de perdón y de bendición.»

»Mas en seguida los hombres que habían encerrado á las golondrinas, les contestaron á los otros:

—«¿Sois tan simples que no comprendéis nuestra intención? Por lo mismo que estas aves traen consigo el perdón y la bendición, y que de su estada en la tierra depende la permanencia de la estación suave y hermosa, ¿no es obrar prudentemente el privarles del recurso de que nos abandonen? Suponed que, por casualidad ó por juego, sucediese que algun hombre dañara á estos pájaros, se irían al punto lejos de la tierra y vendría sobre nosotros la estación penosa y desabrida. Además, ¿quién os asegura que algun día no tengan el capricho de retirarse, sin que les hagamos mal alguno?»



«A esto nos hallaríamos espuestos dejándolas libres, pero teniéndolas cuidadosamente encerradas, no debemos temer su marcha y nos aprovecharemos siempre de las bendiciones que consigo traen.»

«Cuando los hombres que en la torre estaban hubieron hablado de este modo, todos los demás opinaron, sin duda, que lo hecho era bueno, porque no volvieron á pedir se pudiesen en libertad las golondrinas.

«Y como, no obstante el haber faltado á la fe estipulada, la estacion suave y hermosa continuaba reinando en la tierra, se alegraron los hombres con la idea de que habian asegurado para siempre las bendiciones que los pájaros blancos trajeran consigo.

«Y no creyéndose ya obligados á tener ningun amor ni reconocimiento, llegaron hasta á despreciar la bondad de Dios y aun á burlarse de su poder.

«Tenian, pues, encerradas cuidadosamente á las golondrinas, y parecian estar sordos á los lamentos de estas pidiendo su libertad. Y no se movian con aquellas quejas porque estaban enorgullecidos con su accion á causa de que la estacion suave y hermosa continuaba siempre reinando en la tierra.

«Así fué, hijas mías, como las primeras golondrinas fueron aprisionadas. Pero oid todavía, oid la continuacion de esta historia que os informará acerca de los padecimientos de nuestros primeros padres y del castigo que Dios impuso á los hombres.»

## V.

«Uno de los hombres que habian encerrado á las golondrinas, positivamente el peor de todos, dijo á los demás.

—«Somos en la actualidad dueños de los pájaros blancos, y cuidamos atentamente porque no se nos escapen; mas puede llegar día en que la persona á quien encarguemos que custodie la prision no tenga la debida vigilancia, y escapándose entonces los pájaros blancos se huirán para siempre llevándose consigo la estacion suave y hermosa.

«Creedme, hermanos, no es bastante precaucion el encerrar á estos pájaros: lo más prudente sería ponerlos en estado que no pudieran huir, aun cuando consiguiesen salir de la torre. Arranquemosles las plumas de las alas, y si queremos podremos dejar abierta la torre, sin temer que nos abandonen para regresar al cielo.»

«Y aun sin aguardar á saber la opinion de los demás acerca del consejo que acababa de darles, se entró este hombre en la torre acompañado con otro que pensaba como él, y cogiendo en las manos cada cual de ellos á una golondrina, subieron juntos á lo alto de la torre y empezaron á arrancarles á las golondrinas las plumas de las alas, arrojándolas al viento segun las iban arrancando.

«Los demás hombres, reunidos al pie de la torre, estaban mirando sin hacer nada para evitar semejante crimen, y aprobando así la idea del malvado que habia aconsejado aquella accion.

«En medio de sus padecimientos prorumpian las golondrinas en lastimeros ayes; pero ningun hombre tenia compasion de ellas.

«Ambos hombres continuaban arrancando plumas, las que arrojadas al viento se desparramaban.

«Pero de repente acaeció que cuando los hombres que

abajo estaban viendo desparramarse las plumas, levantaban las manos para recibirlas al caer, en vez de recoger en sus manos plumas secas y suaves, recibieron copos de nieve húmedos y tan frios, que les entumecian las manos.

«Llenóse muy pronto el aire con estos frios copos de nieve, de modo que desde abajo no se podia ver lo alto de la torre.

«Asustados y llenos de horror los hombres que estaban al pie de la torre, gritaron á los de arriba:

—«No arranqueis más; no arranqueis más plumas de pájaros blancos.»

«Mas aun, cuando asustados tambien los hombres que en la torre estaban, interrumpieron su tarea; los frios copos de nieve no cesaban de llenar el aire ni de caer sobre la tierra, que muy en breve se vió cubierta con ellos.

«Al mismo tiempo cubrióse el cielo con oscuro velo, desaparecieron el verdor y las flores de los campos y cayeron de los árboles las hojas y los frutos. Estuvo soplando un impetuoso viento que hacia temblar á los hombres.

«Nunca reinó en la tierra estacion mas dura.

«Llenos de gran pavor los hombres que estaban en la torre, dejaron caer fuera las dos golondrinas que en las manos tenian, las cuales, desprovistas sus alas de plumas que las sostuvieran, se estrellaron en su caída.

«Y los frios copos de nieve continuaban llenando el aire y cayendo sobre la tierra, que cada vez estaba mas cubierta con ellos.

«Y mientras los hombres, postrados alrededor de las dos aves muertas, suplicaban, lloraban y pedian perdon, dándose golpes en la frente y en el pecho, un rayo de sol, atravesando el oscurecido cielo, se quedó fijo en la torre donde las golondrinas se hallaban encerradas.

«Este rayo de sol hizo una abertura en la torre en el punto donde tocó. En el borde de esta abertura se pusieron todas las golondrinas.

«Una voz habló entonces dentro del rayo, diciendo:

—«Pájaros de bendicion, volved al cielo.»

«Abrieron al punto las golondrinas sus blancas alas, y despues de dar vueltas, exhalando lastimeros ayes alrededor de los cuerpos de las golondrinas muertas, emprendieron el camino del cielo, acompañadas con el rayo que se retiró detrás de ellas.

«Los hombres prorumpian en gritos de desesperacion y de arrepentimiento. Mas la tierra quedó cubierta con los frios copos de nieve, y entregada á rigorosísima estacion.

«Tal fué, hijas mías, la maldad de los hombres para con las golondrinas, y tal fué su castigo. Llorad, hijas mías, llorad la cruel muerte de nuestros primeros padres. Mas oid lo que aconteció despues de regresar las golondrinas al pais de los ángeles.»

## VI.

«Cuando las golondrinas hubieron vuelto al cielo, irrito Dios con la maldad de los hombres, les dijo:

—«Quedaos siempre en el cielo, pájaros de bendicion; no volved más á la tierra donde os prenden, os hacen padecer y os matan. Los hombres quedarán entregados á la estacion penosa y desabrida, y jamás disfrutarán la estacion suave y apacible. Este será el castigo por el olvido y por la ingratitude de sus corazones.»



»Y Dios se quedó callado.

»Pero al salir de la tierra habian las golondrinas oido los ayes de desesperacion y de arrepentimiento de los hombres. Antes de marcharse vieron tambien lo triste que la tierra estaba, cubierta toda con frios copos de nieve y lo que la cruda estacion hacia padecer á los hombres; y por el recuerdo de los padecimientos que presas sufrieron, sabian lo crueles que estos son. Y los corazones de las golondrinas se movieron de compasion por la suerte de los hombres.

»Entonces las golondrinas hablaron así á Dios:

—»Tened misericordia, Padre celestial, tened misericordia de los hombres. Si se han conducido mal con nosotras, solamente lo ha hecho cediendo á los malos consejos de algunos pocos. No condeneis á todos por culpa de algunos.... Esta vez conservarán el recuerdo del castigo y no dejarán ya de amaros ni de seros agradecidos. Dejad que las golondrinas lleven á la tierra la estacion suave y hermosa. Tened misericordia, Padre celestial, tened misericordia de los hombres.»

»Por un instante estuvo Dios callado, y en seguida dijo á las golondrinas:

—»Pájaros de bendicion, sí, yo tendre misericordia de los hombres, mas no misericordia entera, porque muy en breve olvidarian tanto el amor como el reconocimiento que me deben.

»Volveréis á la tierra á llevar la estacion suave y hermosa; pero en memoria del desconsuelo que la maldad de los hombres os ha causado, la mayor parte de vuestras plumas se pondrá negra, y esta señal de pena será como una advertencia que esté diciendo á los hombres:

»¡Desgraciados los que causaren molestias á las golondrinas, destruyendo sus nidos ó matando á algunas de ellas!

»Tendrán tambien la estacion suave y hermosa, pero solo durante una mitad del año, porque todos los años vendreis á pasar seis meses en el país de los ángeles.

»Y despues que salgais, la estacion penosa y desabrida será para la tierra como un recuerdo siempre nuevo del castigo eterno, que hubiera yo podido imponerles por su crimen.

»Y durante los seis meses de vuestra ausencia acontecerá varias veces que el aire se llenará de frios copos de nieve, que cubrirán la tierra, igualmente que en el día en que los hombres arrancaban de las alas de vuestros primeros padres las plumas que esparcian por el viento.

»Durante vuestra permanencia en la tierra, hareis vuestros nidos en las techumbres de las casas de los hombres, y las casas que eligiereis serán benditas. Dejaré, sin embargo, á los hombres la obligacion de trabajar para mantenerse, y tambien los dejaré las enfermedades.

»Por medio del trabajo se librarán de tener malos pensamientos, y por los dolores, que durante las enfermedades padezcan, aprenderán á no causar molestia alguna á los demás seres que he eriado.

»Id, golondrinas, volved á la tierra para permanecer en ella hasta que envíe yo alguno de mis ángeles que os anuncie vuestro regreso.

»Y en lo sucesivo será así todos los años. Pero como cada año habrá golondrinas recién nacidas que ignoren la causa de la marcha, todos los años la más anciana de vosotras, antes de salir de la tierra, contará esta historia en

presencia de todas las golondrinas reunidas, con el objeto de que ninguna deje de saber por qué las golondrinas van todos los años de la tierra al cielo y del cielo á la tierra.»

»Despues que Dios hubo así hablado, las golondrinas, cuyas plumas estaban ya de luto, volvieron á la tierra, donde permanecieron con la estacion suave y hermosa hasta que vino el ángel á avisarles que regresaran.

»Y todos los años han sido siempre lo mismo.

»Tal es, hijas mías, la historia de las golondrinas.

»Preparaos ahora á marchar, porque esta mañana ha venido el ángel á traerme la orden de Dios. Es preciso marchar, hijas mías, es preciso marchar.»

La anciana golondrina habiendo proferido estas palabras echó á andar, y todas las demás salieron tambien volando.

Y muy en breve no se ven golondrinas por todo el país, porque han vuelto al país de los ángeles, para no regresar hasta el venidero abril con la estacion suave y hermosa.

Y durante la ausencia de ellas tenemos la estacion penosa y desabrida, llenándose varias veces el aire de frios copos de nieve que cubren la tierra, como en el día en que los hombres arrancaban de las alas de las primeras golondrinas las plumas que esparcian por el viento.

## UNA LUCHA DE ESCLAVOS EN AFRICA.

Refiere el general Denham, que á la caída de la tarde cuando habia refrescado la atmósfera, el chái que de Borneo solia colocarse en una ventanita sobre la puerta de su palacio para ver luchar los esclavos.

La flexibilidad y la fuerza de la mano eran las cualidades que aseguraban la victoria. Batíanse estos hombres con un encarnizamiento que positivamente no era mas dramático en los combates de los gladiadores romanos. Una tosca trompeta de búfalo avisaba el principio del ataque. Los campeones entraban en la arena desnudos, á escepcion de una faja alrededor de los riñones. Los que en las ocasiones precedentes habian salido vencedores, eran recibidos con estrepitosos aplausos por parte del público. Primeramente luchaban unos contra otros los esclavos de todas las naciones; los del Soudan eran los menos robustos y los que más raras veces salian vencedores. El más obstinado combate era entre los mongowis y los begharmios; algunos de estos esclavos, especialmente los últimos, eran muy bien formados y de gigantesca estatura. El día terminaba siempre con el combate de un begharmio contra otro, y la dislocacion de miembros y la muerte eran por lo comun el resultado de una lucha entre dos compatriotas. Comienzan poniéndose respectivamente las manos sobre los hombros; no hacen ningun uso de los pies, pero con frecuencia se agachan empleando muchos ardidés para engañar á su adversario. El que puede coger por las piernas á su antagonista y despues de tenerlo en el aire, lo arroja con terrible violencia contra el suelo donde queda tendido, anegado en sangre y sin poder continuar la lucha. Los espectadores saludan al vencedor



con fuertes gritos, arrojándole muchas vestas ó chalecos; en seguida se pone arrodillado á los pies de su amo, quien suele vestirlo con parte de su propia ropa. Estos infelices arrojan muchas veces por la boca sangre y espuma, únicamente por efecto de la rabia que los anima ó de los esfuerzos que hacen. Durante la lucha los amos emplean á porfía todos los recursos que creen adecuados para escitar el valor de los combatientes. Véseles con frecuencia montar una pistola, jurando por el Alcoran que su esclavo no sobrevivirá á su derrota, ofreciéndole al mismo tiempo grandes recompensas si sale vencedor. Un pobre infeliz que por espacio de más de cincuenta minutos había resistido los ataques de un enorme negro, volvió un solo instante la vista, como para reconvenir á su amo que lo estaba amenazando. Su antagonista hizo resbalar sus manos de los hombros á los riñones, y aplicando su rodilla contra el cuerpo del adversario, cayó de repente sobre él con todo su peso, rompiéndole en su caída la espina dorsal. Las anteriores proezas no se tienen en ninguna consideración, y el vencido se vende en seguida á cualquiera, que por algunas piastras desee comprar al infeliz estropeado.

## DE LA SIMBOLICA MITOLOGICA

### Y CON ESPECIALIDAD DE LA DE LAS FLORES.

(Continuacion.)

Mirra, huye á los desiertos de la Arabia Feliz, de esa region fantástica, cuyos terrenos alimentan y crean árboles, que con sus perfumes preciosos, embalsaman la atmósfera despidiendo olores celestiales. El incienso, el aloes, el cinamomo, que los mercaderes traen á nuestra Europa, sirven de rogo y féretro al fabuloso Fenix, que los enciende con el soplo de sus alas, cuando el sol ardiente del Asia acosa al estúpido musulman, que atraviesa sus arenales abrasadores. Mirra busca, con los ojos empapados en lágrimas, un refugio en esos desiertos, para que su culpa quede sepultada en el silencio y el olvido. El autor de sus días, el rey Céniras, la amaba con ternura; pero, Mirra que se abandonó á criminales apetitos, se vió convertida en odio de un padre desventurado y cómplice inocente de los funestos desmanes de una hija impúdica. Los dioses la transformaron en el árbol, que lleva hoy su mismo nombre, y de cuyo tronco, que derrama aun lágrimas, nació Adonis, á quien Mirra llevaba en el seno antes de su metamorfosis. Llegado el niño á sus años juveniles fué objeto de rivalidad y envidia para los hombres y los dioses: su rubia cabellera, sus ojos azules, el bozo que le doraba la barba daban á su aspecto formas celestiales. Venus, diosa de la belleza, cayó en la red que la había preparado su hijo Cupido, y encendida en amor, prodigó á Adonis sus encantos. Tan mala infidelidad ofendió á Marte; y este dios, iracundo y guerrero, apeló para su venganza al poder de Diana. Un jabalí, enfurecido por obra de la diosa de los bosques, hincó sus dientes en los miembros delicados de Adonis, y el hijo de Mirra quedó exánime, tendido en el suelo.

Dícese que su cuerpo fué transformado en anémone, flor voluptuosa, que engalana los jardines, é inspira amor y dulzura. Pero la fábula añade, que bajado al Tártaro Adonis, quedó Proserpina prendada de su belleza; y Júpiter no queriendo, que Venus se quedara desolada y triste, ordenó con inexorable fallo, que estuviera Adonis seis meses del año unido á Venus, y los otros seis en compañía de Proserpina (1).

Esta tradicion mitológica era un símbolo de las dos estaciones, invierno y verano, cuyo retorno se celebraba con mucha solemnidad en la Fenicia, en Egipto, en la Asiria, en Judea, en la Persia, en Chipre y en la Grecia bajo el velo alegórico de la muerte y resurreccion de Adonis. Teócrito, en el drama *Las Siracusanas*, nos ha dejado una descripción encantadora por su simplicidad de esta fiesta tan magnífica, que se reproducía todos los años y duraba por espacio de ocho días en la antigua capital de los Tolomeos. La reina, ó una de las damas de muy ilustre prosapia, recorría todas las calles de la ciudad, llevando con pompa la estatua de Adonis: su rostro pálido no alteraba su belleza, pero era el de un cadáver, víctima de las Parcas crueles, que truncan también el hilo de la vida á los que han sido delicia de las diosas. Una multitud de otras mujeres de elevado linaje acompañaba la estatua de Adonis, llevando cestas con tortas, vasos de oro y marfil, atestados de flores, perfumes y esencias olorosas, ramas de árboles y toda especie de frutas. Ponían término á esta gran comitiva otras damas cargadas con ricos y lujosos tapices, que figuraban dos lechos bordados de oro y plata: el uno para Venus, el otro para su amado y voluptuoso Adonis. Instrumentos músicos acompañaban la pompa fúnebre, y cantos melodiosos y tristes hacían resonar los aires. En el último día de esta solemnidad pomposa y magnífica, que era una alegoría de los solsticios de invierno y verano, se pasaba del luto al regocijo, y todas las damas, ricamente ataviadas, celebraban con algazara la resurreccion de Adonis, entonando himnos de alegría. Hé aquí como los antiguos vates y mitólogos hermanaron la fuerza vivificadora del astro alumbrador del día con las flores, que recrean la vista en el verano, con el brillo y esmalte muy variado de sus colores. Cuando brotan de sus capullos, los céfiros, que juguetean en su derredor, las agitan dulcemente, y las abejas cuidadosas liban de sus cálices una miel mas sabrosa que el nectar de los dioses. Las flores alfombran los campos, y alegran la naturaleza, que se nos presenta en el invierno triste y oprimida bajo el peso de nevosas escarchas.

La muerte del joven Jacinto y la de Clicia, transformados entrambos en flores por Apolo, divinidad alegórica, que representa el sol, y cuya rubia cabellera es el símbolo de sus luminosos rayos, nos dan á conocer tambien, que los vates y mitólogos, llevados en alas de su númen, atribuyeron únicamente al sol el poder mágico de engalantar los campos, desplegando á la vista el halagüeño espectáculo de una multitud de yerbas y flores, que parecen haber sido creadas por la Divinidad en los momentos apacibles de su celestial sonrisa. El jacinto, que lleva el nombre del joven transformado en esta misma flor, rivaliza por su delicada y voluptuosa figura con las rosas, los jazmines y los lirios, que adornan, entrelazados en coronas, las sienes de las castas y hermosas

(1) V. Ovid. Metam.—Noel, Dicc. Mit.





vírgenes; y Clicia, transformada en tornasol, dirige siempre sus miradas lastimeras al astro luminoso, casi quejándose en triste silencio del abandono en que vive.

En la mitología hay muchas de estas metamorfosis, imágenes y alegorías lisonjeras del poder, que los cuerpos celestes, y principalmente el sol, ejercen sobre las flores, que en todos los tiempos han suministrado ideas delicadas y seductoras, ya á los vates, ya á los artistas. Plinio el Antiguo nos refiere acerca del particular una anécdota, que respira afectos amorosos. «La florista Glicería descollaba sobremanera en el arte encantador de entretejer guirnalda y coronas, y de dar variedad y hermosura á los ramilletes: Pausias, contemporáneo del famoso Apeles, sobresalía en pintar flores: se vieron entonces porfiar entre sí la naturaleza y el arte, disputándose mutuamente la palma. Pausias puso en juego todos los recursos, que estaban á su alcance para vencer á Glicería, dando en la tela viveza y brillo con su pincel divino á las flores; y la otra daba á su vez formas muy seductoras y fantásticas á sus ramilletes, coronas y guirnalda: admiraban todos á los dos émulo con estupor, y no se atrevían á emitir su último fallo. Pero Pausias efigió en tela á la misma florista, y entonces quedó vencido por el amor; fué su esclavo, y dijo que la pintura era una copia informe de lo que la naturaleza había hecho de mas hermoso y perfecto.»

La magnífica Babilonia no adquirió únicamente lustre y fama por sus cien puertas de duro bronce, por el gran templo de su dios Belo, por las prodigiosas conquistas de Semiramis, sino tambien por sus jardines pensiles, sétima maravilla del orbe, y cuya descripción nos han dejado en esta forma los antiguos historiadores. En una vasta estension de terreno se elevaban una sobre otra seis grandes azoteas; cada una tenia cincuenta codos de elevacion, y todo el edificio una altura de cuatrocientos cincuenta pies. La última, rodeada de una ancha y estensa cornisa, ocupaba mucho espacio, y figuraba un gran terrado: los tramos, por donde se subía, pasando de una á otra azotea, estaban simétricamente contruidos, y adornados con una triple hilera de columnas de granito, admirablemente cinceladas. Un crecido número de pabellones con elegantes cúpulas, y muchos obeliscos, que elevaban de trecho en trecho sus cúspides, daban mas brillo y magestad á las azoteas, y á todos los jardines pensiles, en cuyo centro se veía un campo alfombrado de esmaltadas flores, y en el medio un grupo de cuatro enormes delfines, que arrojaban con fuerza de sus dilatadas narices aguas limpias y cristalinas, las cuales caían en una fuente de blanco mármol, y de allí se precipitaban con estruendo en otra inferior. Una multitud de canales subterráneos las conducían á nuevas y magníficas fuentes, que suministraban, colocadas á distancias iguales, aguas abundantes para regar los jardines. Había en ese lugar de delicias y amenidad, en ese paraíso terrenal, bosquecillos, poblados de árboles frondosos, cuya sombra aminoraba los escesivos calores del estío; había grandes alamedas de cedros del Líbano, y senderos solitarios, en donde jugueteaban los céfiros, meciendo con el soplo ligero y suave de sus alas los mirtos, los jazmines y los espinosos rosales. Los bananos y las palmeras elevaban sus ramas en forma de corona; y por do quiera se ofrecían á la vista viveros, poblados de peces, cuyas escamas relucientes, como oro y plata, reflejaban los rayos del astro féniceo, alumbrador del día. Había manantiales y

cascadas de aguas cristalinas, que refrescaban los aires, y arroyos que serpenteaban con suave murmullo entre las yerbas y las flores. Cien estatuas colosales, sobrepuestas á la cornisa de la última azotea, parecían desde lejos un pueblo de gigantes, que habitaban en el fondo del horizonte. Una multitud de máquinas hidráulicas, situadas en la parte de los jardines, que miraba al Éufrates, hacia remontar hasta quinientos pies de elevacion las aguas del río, y las repartían por todos los puntos. Bajo bóvedas de rico mosaico había viviendas y aposentos en donde se reunían para recreo y disfrutar de un dulce reposo los magnates.

Homero con su pluma de oro y todos los encantos de su armoniosa poesía, nos indica los principios de la horticultura y del arte de cultivar las flores en su incomparable descripción de los jardines de Alcino, que han dado fama á la antigua Corcira, hoy Corfú. Toda su belleza consistía en la eleccion de un terreno muy fértil, en la simetría del plan y amenidad de sus vergeles; dos fuentes de aguas limpias les fecundaban, templando con su frescor los calores del estío.

Una vegetacion lozana y risueña, símbolo de la juventud; las flores, que cubren la campiña como un rico tapiz; los árboles, cuyas ramas verdes refrescan con su sombra los miembros fatigados del viajero, cuando el sol lanza con mas fuerza sus ardientes rayos; los pajarillos, que con sus arpa-das lenguas hacen resonar los aires de melodiosas armonías, no solo alegran la naturaleza, sino que despiertan tambien en nuestra mente, y casi fecundan el gérmen de concepciones sublimes que tienen un tinte celestial. En la antigua Academia, jardín poblado de plátanos y alfombrado de flores, dictaba el divino Platon sus lecciones; y la historia ha eternizado la fama de los jardines de Epicuro, que creía ver en cada flor, y en las abejas que liban la miel de sus cálices, la multitud de los átomos que, á su entender, habían formado el mundo. Corinto, que era una de las ciudades mas voluptuosas y opulentas de Grecia, ofrecía á la vista jardines fastuosos y amenos, adornados por do quiera de estatuas, de grandes vasos de mármol con tulipanes, narcisos, jazmines y rosas: había viveros, fuentes y aguas cristalinas y puras. Los jardines de Laís, mujer muy célebre por su hermosura y sus encantos, eran un punto de reunion para los varones mas ilustres de todo Corinto, para los filósofos, los vates y los que mas descollaban en los varios ramos de la humana sabiduría y en las bellas artes. En Roma los jardines de Craso, de Lúculo, de Salustio, de Pompeyo, de Mecenas eran un objeto de maravilla para los extranjeros, y paraje de delicias y amenidad para los ciudadanos. Pero en todos los jardines de Oriente, en todos los vergeles de ambos hemisferios, vemos preferida siempre la rosa entre las flores; y nosotros, despues de haberla celebrado en el artículo anterior, vamos á bosquejar ahora la historia de su origen fabuloso y del mucho aprecio en que la tuvieron siempre los hombres y los númenes inmortales.

Esiado nos refiere en su fantástica teogonía de los dioses del antiguo Olimpo, que Venus, cuando salió de las olas espumosas, que bañan la isla de Chipre, hizo brotar del suelo las rosas, porque á ellas solas juzgó dignas de coronar su frente. Anacreonte se atiene á esta opinion, y se expresa en esta forma: «La rosa era blanca cuando brotó de su capullo por mandato de Venus, y se convirtió de blanca en bermeja, porque la roció una gota de vino, que cayó de un vaso, que Baco tenia en sus manos.» El vate Bion cree, que el vie-



jo de Teyo ha padecido un engaño respecto de esta metamorfosis, y dice, que asistiendo Venus á un gran festin de los dioses, Cupido, que jugueteaba en derredor de los inmortales, revolcó con el soplo de sus alas la copa de Júpiter, y que habiendo rociado el nectar, que contenía, la corona de blancas rosas, que adornaban la cabeza de Venus, se engalanaron todas con el color que hoy tienen, y comenzaron á despedir los suaves olores y perfumes, que desde entonces han conservado sin alteracion ninguna. Mosco, alumno querido de los Musas, dice, que la rosa es una flor delicada, que se desprendió del seno de la jóven Aurora. La célebre Safo cantó, que herida Venus en un dedo por las flechas del Amor, nació de su sangre celestial la rosa; otros afirman, que esta misma divinidad convirtió en rosas la sangre de Adonis, despues de haber derramado amargas lágrimas sobre el cuerpo exánime de este príncipe, dotado por la naturaleza de gracias y hermosura. Aspasia, tipo único de las mujeres mas seductoras de la antigüedad, nos ha transmitido una tradicion fantástica y lisonjera de la metamorfosis de la rosa, como vamos á consignarlo: Rodante, dotada de todos los encantos propios de su sexo, y la mas casta de las doncellas de Corinto, se refugió en el templo de Diana para sustraerse á los halagos repetidos é importunos de los hombres; pero, sus apasionados la persiguieron con audacia. Rodante, sobrecogida de un gran miedo, pidió auxilio al pueblo, que se manifestó pronto á socorrerla: sorprendido de su hermosura, la proclamó diosa del templo, colocándola sobre el pedestal de la estatua de Diana, que fué derribada al suelo. Ofendida la divinidad, transformó á Rodante en la flor de su mismo nombre, la transformó en *rodon*, que en griego significa *rosa*. Dícese, que desde entonces los corintios la adoraron, y sobre las antiguas medallas de su voluptuosa ciudad se ve la imagen de una jóven eteria (1) coronada de rosas.

Mahoma promete en su Corán á los islamitas un paraíso, en donde jueguen entre flores y rosales las Peris (2) encantadoras, coronadas de rosas, que embalsaman la atmósfera con sus esencias olorosas. En Persia se cubren con hojas de rosa los vasos, que contienen agua, vino ó licores esquisitos. De las primeras guirnaldas ó coronas de rosas, que ciniéron las sienes de las castas doncellas, y de los pastores en sus bailes campestres, trajeron origen todas las coronas con que la antigua Grecia y Roma premiaron el valor de sus capitanes ó las virtudes cívicas, ó las producciones de los genios mas elevados y peregrinos. Las coronas triunfales adornaban la frente de los esforzados campeones, que se habian distinguido por sus hazas militares; las cívicas la de los ciudadanos, que habian dado brillantes testimonios de su patriotismo; las murales la de los valientes, que habian sido los primeros á escalar los muros de una plaza; las obsidionales la de los capitanes ilustres, que habian puesto en gran apretura á los enemigos, obligándoles á levantar el sitio de una ciudad, de una plaza ó un castillo; las valéricas la de los soldados, que habian salvado con arrojo y noble atrevi-

miento las trincheras del campo hostil; las navales la de los marinos, que primero se habian lanzado al abordaje. Todas estas coronas eran de laurel, ó de ramas de encina ó de mirto, ó de flores entrelazadas con follaje de plantas olorosas.

Las coronas, que ceñian las sienes de los atletas en los juegos olímpicos eran de olivo silvestre; las de los juegos pitios, de laurel; las de los ístmicos, de pino; las de los neমেos, de hojas verdes.

Las guirnaldas y coronas, que adornaban la frente de los sacerdotes paganos y del pueblo en las solemnidades religiosas; las que ceñian la cabeza de los desposados en el día en que celebraban su boda; las de los comensales en los festines mas espléndidos y suntuosos, eran de lirios, jazmines, rosas y otras flores entrelazadas con cintas de púrpura é hilos de oro.

Todas estas coronas, andando el tiempo, sirvieron de modelo á las de reyes y emperadores, de los pontífices, de duques, marqueses, condes y barones de familias soberanas.

Cuando fué muerto alevosamente Filipo de Macedonia, enemigo de los atenienses, Demóstenes se presentó en la tribuna coronado de rosas, y los oradores de Grecia y Roma en los días de gran solemnidad se ceñian las sienes con coronas de flores.

En toda el Asia, las esencias mas esquisitas, que se extraen de las plantas delicadas y suaves, cuyos olores embalsaman los aires, han convertido los baños turcos en un lugar de delicias y voluptuosidad.

Figuraos una gran sala, cuya bóveda de ladrillos colorados, se apoya en columnas de mármol y de jaspe artificioosamente estriadas; figuraos un crecido número de pilones, que deslumbran por su blancura, y que parecen hechos para recibir en su seno los miembros gentiles y delicados de una de esas diosas que nos retratan con su pluma de oro los vates de la antigüedad; figuraos oír el arrullo de las tórtolas y palomas, que revolotean alrededor de los verjeles amenos en donde están colocados los baños, y que baten de vez en cuando sus alas en las claraboyas, que transmiten una luz opaca y sombría, cuyos rayos parecen entrar con silencio y reserva para no ofender el pudor y la modestia de las niñas, que han confiado á los líquidos cristales sus miembros sin velo; figuraos todo esto, y tendreis una idea muy verdadera de lo que son los baños turcos. En medio de las columnas, que adornan la sala, vereis grandes almohadones con franjas y borlas de oro y plata. En esos almohadones tan ricos, en esos almohadones blandos, lúcientes y suaves se recuestan las mugeres turcas cuando salen del baño. Entonces se quema á su alrededor incienso, aloes y mirra, cuyos perfumes olorosos y balsámicos embriagan con dulce beleño, y forman una nube blanquiza y transparente, que se esparce por el aire y sirve de velo sutil y ligero á los miembros de marfil de aquellas Huris.

¡Ah las flores y sus esencias olorosas dan á la vida un tinte celestial, y son el símbolo de lo que ofrece el mundo de mas suave y voluptuoso! «La violeta pálida, dice un poeta griego, es el símbolo de los afectos tiernos y delicados; el jazmin y el lirio son el emblema de una pasión inocente; la rosa, que abre su cáliz para recoger el rocío de la mañana, es la imagen de la juventud.»

SALVADOR COSTANZO.

(1) Esta palabra griega, que significa *compañera*, se aplicó en la antigua Grecia á las mujeres, que se distinguían por sus encantos.

(2) Son genios de sexo femenino, que figuran en la mitología y los cuentos de los antiguos persas, los cuales les consideraban como genios benéficos y seres intermedios entre los ángeles y los hombres.